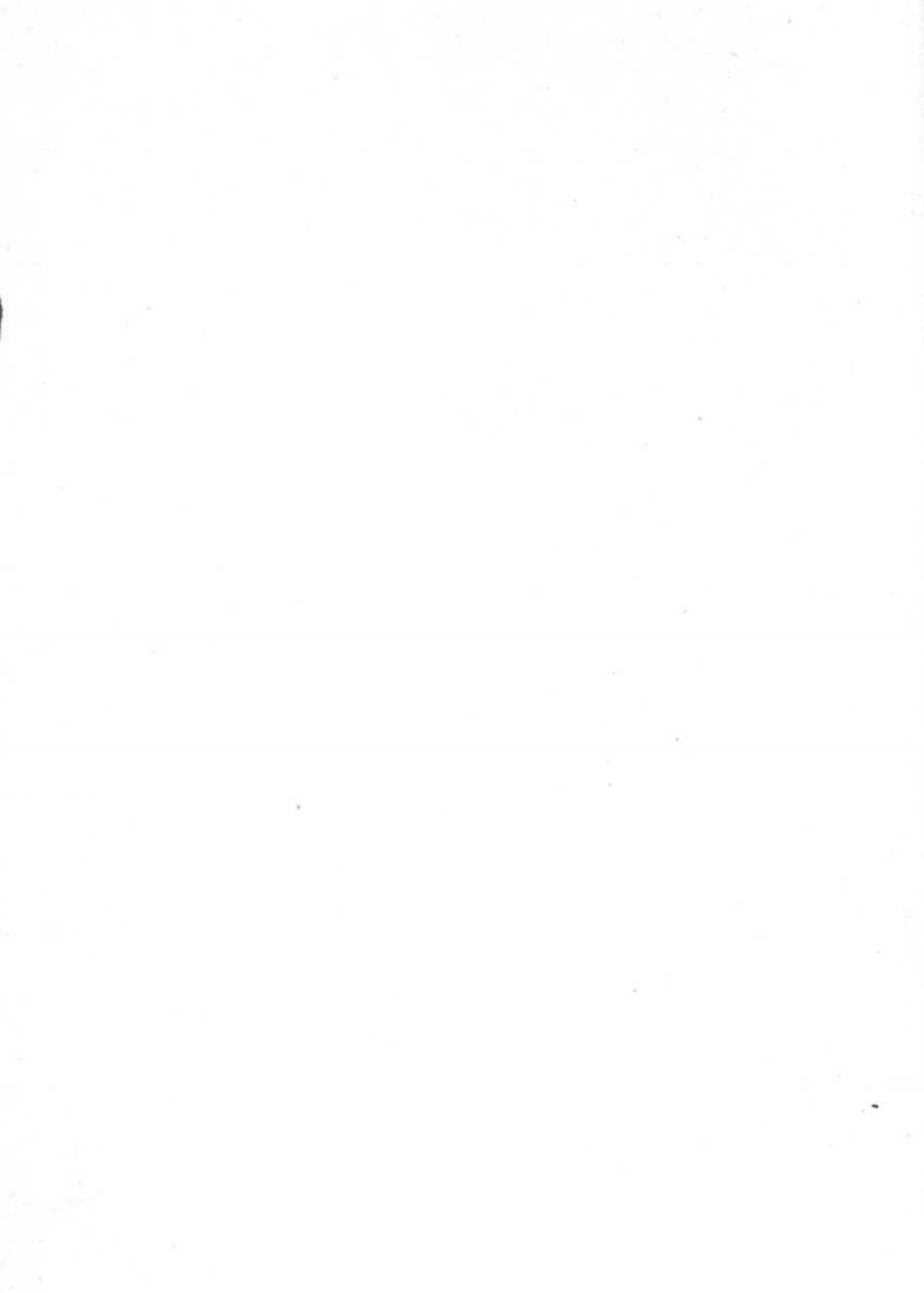


DGCL
A

tit. 39483
C. 1047041





DEDICATORIA

A mis queridos hermanos:

Siendo rarísimos los ejemplares del «Cantar del Romero», editado en Barcelona el año 1886, por la Sociedad de Crédito Intelectual, única revisada por el autor () y recordando el placer con que nuestros padres, en su casa de Vidiago, nos la oían leer, me he animado a publicar la Introducción, en que Zorrilla describe el Bufón de Vidiago en bellísimos versos. Mi deseo es que éstos no desaparezcan de un lugar tan lleno de recuerdos de nuestra niñez.*

ALFONSO

(*) En Méjico se publicó una edición el año 1922, en la Imprenta Politécnica, Cuauhtemotzin, 33. México. D. F.



EL BUFÓN DE VIDIAGO

EL BUFÓN DE VIDIAGO

INTRODUCCIÓN DE LA LEYENDA EN VERSO

EL CANTAR DEL ROMERO

POR

D. JOSÉ ZORRILLA



MADRID

EDICIÓN PRIVADA DE VEINTE EJEMPLARES

1943



R. 33474



* EL BUFÓN DE VIDIAGO *

I

I

VUELVE a surgir, inspiración dormida
en el fondo de mi alma fatigada,
sobre los desengaños de la vida
y ante su fin ya próximo.. la nada.
En tu pulmón la voz enmudecida
busca y tu fuerza juvenil pasada,
y ven antes que el tiempo se me huya
y el hálito vital se me concluya.

Lo sé: los años sobre mí se apilan:
ya abre ante mí la eternidad sus puertas;
sobre la tierra ya mis piés vacilan:
mis oídos ya torpes y ya inciertas
mis miradas están: ya se aniquilan
mis fuerzas corporales; pero aún vive

la fé en mi alma; en mi cerebro aún arde
esa chispa de sol, la inteligencia,
emanación de Dios; que de El recibe;
el poeta de fé que a Dios concibe;
que en el nombre de fé se nubla tarde
y se apaga no más con su existencia:
porque Dios a su espíritu la adhiere
con la inmortalidad, y a su presencia
va con el alma cuando el cuerpo muere.
Y aún vive en mí, fermenta todavía
y en mi caliente corazón se esconde
esa honda fé que por doquier me guía,
y aún a la voz de la alma poesía
mi independiente corazón responde.

Aún vive: siento aún y aún oigo y veo
por donde fijo la insegura planta
la faz de Dios y su presencia santa,
de negarle o no verle nunca reo:
hoy que la tierra en mi vejez paseo,
sus maravillas ante mí levanta;
y poeta de Dios, porque en Dios creo,
mi inspiración sus maravillas canta.

* EL BUFÓN DE VIDIAGO *

II



ABRETE, pués ¡oh, sésamol que encierras
el geniecillo ruín y microscópico,
que conmigo cruzó mares y tierras
desde la Alhambra hasta la mar del trópico.

Sal, atómico ser, sal de tu sueño:
rompe la leve cáscara del grano
de sésamo en que estás, átomo enano,
de los ingenios de hoy el más pequeño.

Sal y el viejo laúd toma en la mano;
pero vuelve gentil, ágil, risueño
como en el tiempo viejo, aún no en olvido,
cuando ibas por mitad cristiano y moro,
la cruz al pecho y de alquicel vestido,
cantando a Dios y despreciando el oro;
cuando, de audacia y de locura ejemplo,
salmodiabas los versos del poeta,
lo mismo al són del órgano en el templo
que al són de la morisca pandereta.

Sal, genio mío, ven: te necesito:
ven conmigo a asomarte a un agujero
por do el poder de Dios que veas quiero
en un rincón de Asturias donde habito:

ven no más a escuchar un son, un grito,
un baladro, un bufido, un algo fiero
y encantador al par, santo y precito
tal vez; que nada siendo, es algo empero
como huella de Dios, casi infinito.

Algo compuesto de agua, luz, espuma,
ímpetu, ruido, fuerza y movimiento,
que debe hoy escribir mi vieja pluma
y tú cantar con tu postrer aliento:
y este algo misterioso, indescrptible,
aéreo y corporal, sólido y hueco,
frágil y recio al par, inconcebible,
del cual vamos a hacer algo legible...
un poema tal vez... no es más que un eco;
mas ten presente, geniecillo loco,
que un eco siempre es algo, aunque es muy poco.

¡Ea, pues, geniecillo que me inspiras,
a ver cómo, de un eco, en torno giras!
¡Sús! Tus alillas ágiles despliega,
recorre desde la alfa hasta la omega;
tu vuelo es libre, tu labor sin coto;
con la palabra y con la idea juega;
discurre, inventa, trama, afirma, niega,
canta, cuenta, salmodia... arma alboroto,
hasta que ese eco que a rumor no llega
sea el de un huracán o un terremoto.
Prueba a Asturias que puedes todavía
un eco en sus breñales escondido
convertir en raudal de poesía
y en un recuerdo de hombre agradecido.

Mas al hablarla de él... ¡por vida mía!
no vayas, indiscreto o distraído,
a alardear de saber mitología.
Asturias es romántica y cristiana:
salvó á Europa de ser mahometana;
y tierra en que es Santuario Covadonga,
su creencia y recuerdos no prolonga
hasta los mythos de la edad pagana.
No hables aquí de Ninfas: las de Grecia
no llegaron aquí: la Ninfa Eco
pasa aquí con razón por una necia,
que habló sin tón ni són y siempre en hueco.
Como Ninfa y Deidad la adoró Roma,
que adoró a todo Dios: pero se opina
aquí que Grecia la admitió una broma
por dar a Roma, en la mansión divina.

Eco fué Ninfa: mas, sin forma humana,
hizo sólo en pinturas de persona;
y como Ninfa huera y casquivana
la aceptaron, de buena o mala gana,
desde el Aerópago a la Soborna.
Fué Ninfa, si; pero la más perdida:
Divinidad rastrera y rezungona,
sin dar la cara se pasó la vida
por cuevas, subterráneos y rincones
para escuchar a todos escondida,
cortando por doquier conversaciones,
metiéndose con todos en cuestiones
y en divertir a tontos divertida:
y como, impertinente y holgazana,

repetir nunca supo más que un trozo
de una frase final, en la lejana
cavidad de una bóveda o de un pozo,
ya ni la poesía aquí la abona.
No hables, pues, de esa Ninfa charlatana,
aquí no quieren gente respondona:
y sabe la católica Asturiana
que ante la Cruz que el Gólgotha corona
a las Ninfas ahogó la fé cristiana.

Aquí el eco no es más que un ruido, seco
o prolongado que, de voz humana
u otro són, se repite en algún hueco.
El eco que fué Ninfa muerto yace:
con que no hablemos más de esa villana,
y ven el mío a oír; que es un són vago,
que en las entrañas de la tierra nace
entre líquen, adelfa y jaramago,
que en dormir en un antro se complace,
y que en vapor y estruendo se deshace
en la Asturiana costa de Vidiago.



* EL BUFÓN DE VIDIAGO *

III

III

VIDIAGO es una gárrula aldehuela
donde un pueblo entre Céltico e Ibero,
franco, trabajador, sóbrio y sincero,
suda en verano y en invierno vela,
labrador, traficante y ganadero:
y del sudor y afán del año entero,
los domingos, alegre, se consuela,
bailando al són del árabe pandero
y al compás de la etrusca castañuela.


Vidiago es el lugar donde tranquilo,
después de una existencia consumida
en inquietud y afanes sin medida,
que allende de la mar nos tuvo en vilo,
con la vida en un tris, la alma en un hilo
y la esperanza de volver perdida,
un amigo leal del tiempo viejo
volvió al paterno hogar en pos de asilo,
paz, pan, lana caliente y vino añejo;
cosas que ayudan a esperar sin pena
al fin de vida mala, muerte buena.

A este amigo leal, que como hermano
me quiere y trata y como tal le tengo,

se me antojó venir este verano
a ver en la mansión de su abolengo:
y como él es un hombre de buen juicio
y yo un loco de atar desde *ab initio*,
antes de que la tumba se nos abra,
vine a pedirle y darle, por si dejo
antes que él de vivir, en buen consejo,
mi último adios y mi postrer palabra;
pues habiendo los dos vivido tanto,
ya al despedirnos suponer debemos
que sus consejos él me da postremos
y yo que alzo en su hogar mi último canto.

Su hogar, palacio señorial un día
y hoy albergue por mí de dulce encanto
de la amistad, la fé y la poesía,
se eleva al par de gigantesca roca
que ha socavado el mar; en cuyo hueco
cien metros tierra adentro abre una boca,
donde, cuando pacífico le evoca,
de su manso rumor despierta un eco.

Este eco, de su alcázar no lejano,
de mi balcón los vidrios estremece
cuando, al crecer de noche el océano
con la marea equinocial, parece
que se viene la mar sobre la tierra;
el eco en su caverna se enfurece,
y al viento contra el mar llamando a guerra,
amedrenta la costa y la ensordece
con bufidos de són tan pavorosos,
que turban de los pueblos el reposo.



Mas cuando el mar azul en calma duerme
y humilde el pie de los peñascos lame,
el eco yace en la caverna inerme
sin responder aunque la voz le llame.
Eco que asorda la comarca entera,
no del hombre a la voz sale al encuentro;
sólo habla con el mar cuando se altera,
ruge a impulso del mar de dentro a fuera,
no responde jamás de fuera adentro.
Yo le he ido a buscar: en el embudo
de piedra en que la mar boca le cava
me asomé y le llamé: mas se hizo el mudo,
porque era yo, no el mar, quien le llamaba.

A este eco altivo y de desdén sultánico,
para que en él a reposar se acoja
después de su periódica pelea,
el mar, que es como Dios un gran mecánico,
labrar un grande alcázar se le antoja,
y en él trabaja con afán titánico
empleando el poder de su marea.
Y aquel calcáreo gigantesco embudo
que un día fué no más un agujero
áspero, tosco, desigual y rudo,
es calado marfil, es chal ligero,
obra de aguja y de cincel agudo;
blonda de piedra, berroqueño encaje
tendido encima de peñón roquero,
filigrana sutil, labor de pluma
tejida por el mar con su oleaje,
con su acre sal y disolvente espuma.

Y el mar, que es además un grande químico,
descompone la roca y la rebaja,
la tornea, la ahueca y la trabaja
como pudiera artífice Muslimico,
Rumano, Indico o Godo; y la alicata
la dentella, la comba, la maquéa,
la retuerce, la riza, la dilata,
la acanala, la histría y losangéa:
sutil, cada partícula caliza
con sus sales disuelve o pulveriza;
y quitando y dejando donde importa
ya lo esponjoso, lo arenisco y blando,
ya lo duro y silíceo, y avanzando
en su trabajo sin cesar, recorta,
perfila, aguza, redondea, cuadra
y carcome la piedra y la taladra;
transforma, en fin, la roca, improvisando
primores mil de talla en su haz salvaje,
sin que la desmorone ni la raje
el ímpetu del agua; ya que brote
del cráter o del mar, ya suba o baje,
mane, esculle o con ímpetu rebote.

El alma del mortal contempla absorta
las maravillas que el capricho aborta
del agua en su labor, sin que se agote
la original y rica fantasía
de su trabajo secular: y espanta
ver cómo en él, solícita, adelenta,
y a su antojo fantástico modela
la peña, la abrillanta o la apomaza,

la esmerila, la pica o la cincela;
y en sus relieves, incansable, traza
repisas, ormacinas, doseletes,
nichos, estalagmitas, rosetones,
miles de inverosímiles juguetes,
miles de inconcebibles invenciones.

Y aquel cono invertido y trabajado
con labor tan sutil y complicada
que comprender a quien le ve no es dado,
que turba la razón y la mirada,
que ni el loco mayor nunca ha soñado,
en su mayor delirio, es la portada
del cóncavo palacio en cuyo hueco
duerme, alojado por el mar, mi eco.

Y hé aquí con aire y mar lo que sucede
cuando el trabajo de ambos verse puede.



* EL BUFÓN DE VIDIAGO *

IV

IV

ESTE eco juguetón, hijo intranquilo
del aire, que del agua va envidioso
dentro del hondo socabón asilo
a buscar, cuando el agua está en reposo,
susurra intermitente, rumoroso,
cual manantial oculto que hilo a hilo
se oye apenas manar dentro de un silo;
y su són subterráneo y misterioso
la atención de quien le oye tiene en vílo.

Es que su padre el aire, que le crea
de la boca de piedra a la salida,
de la boca en el fondo se recrea
en hacerle bullir y juguetea
con él, y en una hebra de su aliento
le mece, le columpia, le cunéa
con un murmullo igual y soñoliento.
Una brizna silvestre que, prendida
su raíz al peñón, flexible ondea
con aquel flebil hálito menea:
y el eco con la voz adormecida
entre vigilia y sueño se setremece,
y a intervalos despierta y se adormece;

y turba a quien le escucha, y le marea
con la aprensión de cosa indefinida;
pues parece la boca chimenea
de algún laboratorio en que se anida
algún gnomo, que está con mala idea
trabajando en labor desconocida.

Este eco, empero, caprichoso, extraño,
vario y falaz como mujer coqueta,
finge dormir con malicioso engaño
móvil siempre y sin pié, como veleta,
pues cuando más halagador arrulla,
móvil esclavo de la mar inquieta,
en cuanto siente que la mar murmulla
a la boca exterior del subterráneo
ante el mar que se encrespa se levanta,
y con ímpetu al suyo simultáneo
se sacude con ímpetu instantáneo:
y al que le oía entrenido espanta
el ruido inesperado del embite
repentino del mar, que en su garganta
de piedra el eco del cabón repite.



* EL BUFÓN DE VIDIAGO *

V

V

Es que las ondas de la mar agita
ya la marea equinocial que avanza:
es que el mar, que sus olas necesita
extender o romper, con infinita
creciente progresión sus olas lanza
más altas cada vez contra la roca;
y allí abre al mar el socabón su boca,
y allí el oleaje al socabón alcanza,
y el mar al eco con su voz provoca:
es que ya entre aire y mar la lid estalla,
y es que el aire que ocupa la caverna
la defiende del mar: por lo que eterna
es del agua y el aire la batalla.

¡Ya la lid se trabó!- Ya la marea
se desborda en la cueva: el aire grita,
silba, gime y tenaz puja y jadea
prensado sin cesar: el mar se agita
cada momento más: toca, rodea
y asalta el antro: de encontrar se irrita
al aire en el cabón: con él pelea
bajo la tierra: embravecido ondea,
y olas sobre olas al echar se comba,

y llena el socabón de espuma y ruido:
el eco, entre agua y aire comprimido
cual de prensa neumática en la bomba,
su hálito arrullador convierte en tromba,
su flébil són en infernal rugido.

Bufa el aire furioso: el mar rebrama
y ondas tras ondas en su auxilio llama:
montañas de agua sobre el aire arroja:
él reventando de furor se esprita:
dobla su empuje el agua: el aire afloja
sintiendo que por fin se debilita,
y muge con hondísima congoja:
pero por más tenaz que forcejea,
el agua de delante se le quita,
y él por la encañonada chimenea,
fugitivo huracán, se precipita.

¡Dios! Por el fondo del calcáreo embudo
de ciclones con fuerza estremeciendo
la mole inmensa del peñasco rudo,
aire y eco a la vez salen rompiendo
de la atmósfera el tul en cien girones;
haciendo al desgarrarla mas estruendo
que el que harían rugiendo cien leones,
cien ballenas un golfo revolviendo
y reventando a un tiempo cien cañones.

De darle con inútil esperanza
caza en el viento, tras del aire lanza
gigante surtidor de agua en espuma
furioso el mar; pero en su altura suma
de su empuje a pesar ya no le alcanza:

y él, vuelto ya de su pavor, se engríe
y, en lo alto, de él y de su afán se ríe.

Entonces, alardeando por despecho,
desplega el agua espléndido penacho
de opalino cristal y perlas hecho,
que en cada grieta cóncava o picacho
saliente, punta ruín o aspera escama
del cóncavo peñasco, desparrama
rizos, madejas, cintas, trenzas, blondas
y velos mil sin adhesión ni trama;
cuyos hilos fugaces culebrean,
y van a reunirse con las ondas
del socabón por el conducto estrecho,
en donde serpenteando burbujean,
sin conseguir jamás hacerse lecho.

El aire, que la siente bajo tierra
tornarse hirviendo al mar trás la resaca,
detrás del agua al socabón se arroja;
vuelve otra vez a provocarla a guerra:
otra vez del cabón la desaloja
ella: él entra otra vez: otra le saca
el agua y otras mil... y no se aplaca
de aire y agua la horrisona pelea,
de la caverna en el peñasco hueco
hasta que se retira la marea,
y vuelve al fin del socabón ya seco
a apoderarse el aire con el eco.



* EL BUFÓN DE VIDIAGO *

VI



VI

Y vuelve a oír quien a escuchar se inclina
al cono, por el mar filigranado
cómo un joyel precioso colocado
bajo una recamada muselina,
cómo el aire del antro enseñoreado
en aspirar ufano se recrea
del agua, inmóvil ya, la ventolina
ténue y fugaz, bajo la cual no ondea:
y engreído, el cabón porque domina,
aún bufa por lo bajo y aletea:
y la brizna flexible que se inclina
enraizada en el peñón menea
y con su tallo móvil juguetea:
mientras, sin miedo de la mar vecina,
el eco imitador bufa y bravea
otra vez susurrando a la sordina,
y escondido en el fondo de la mina
con la brisa y el agua coquetea.



* EL BUFÓN DE VIDIAGO *

VII

VII

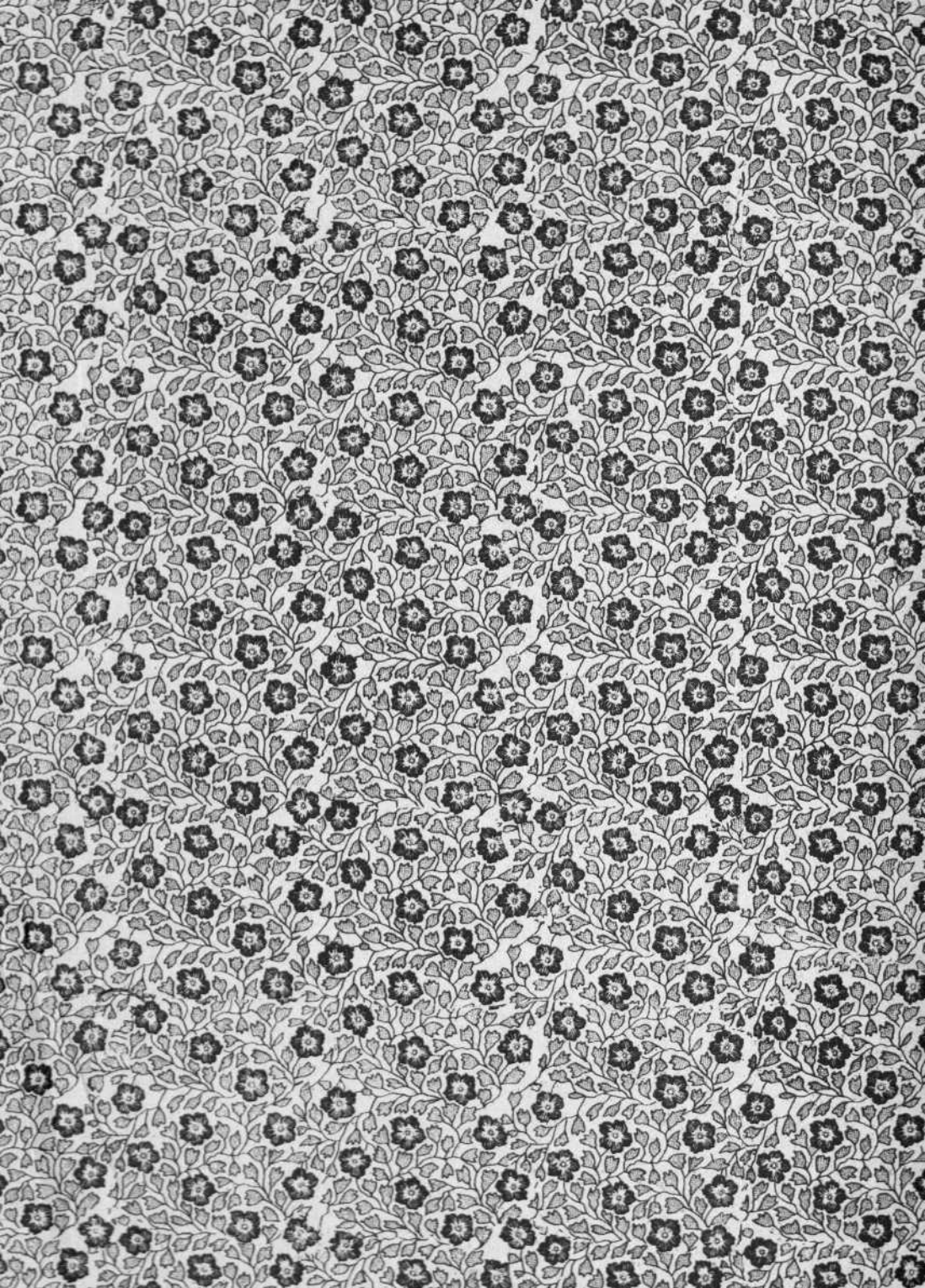
CONCLUSIÓN

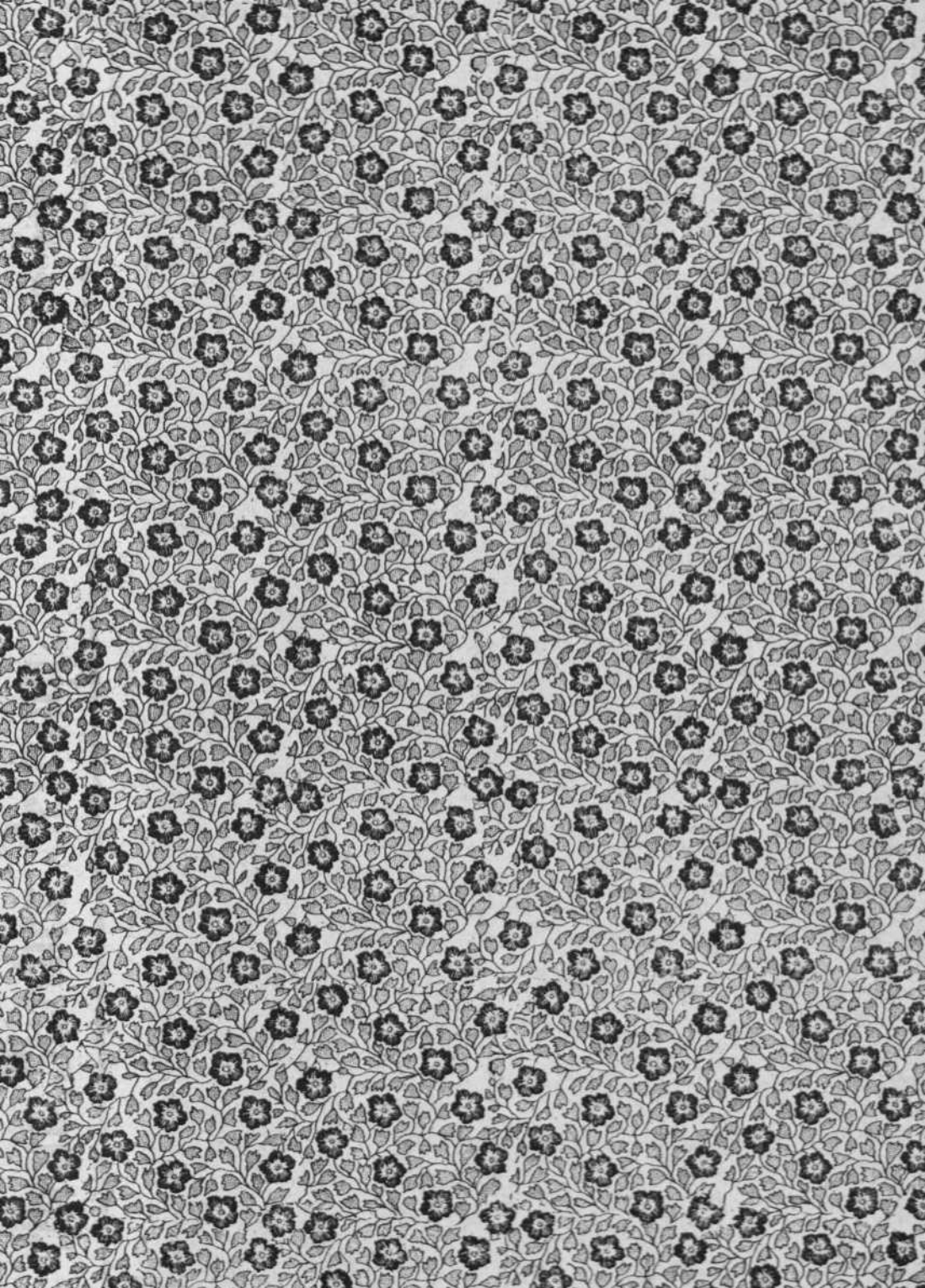
(Vidiago, 23 de septiembre de 1882)

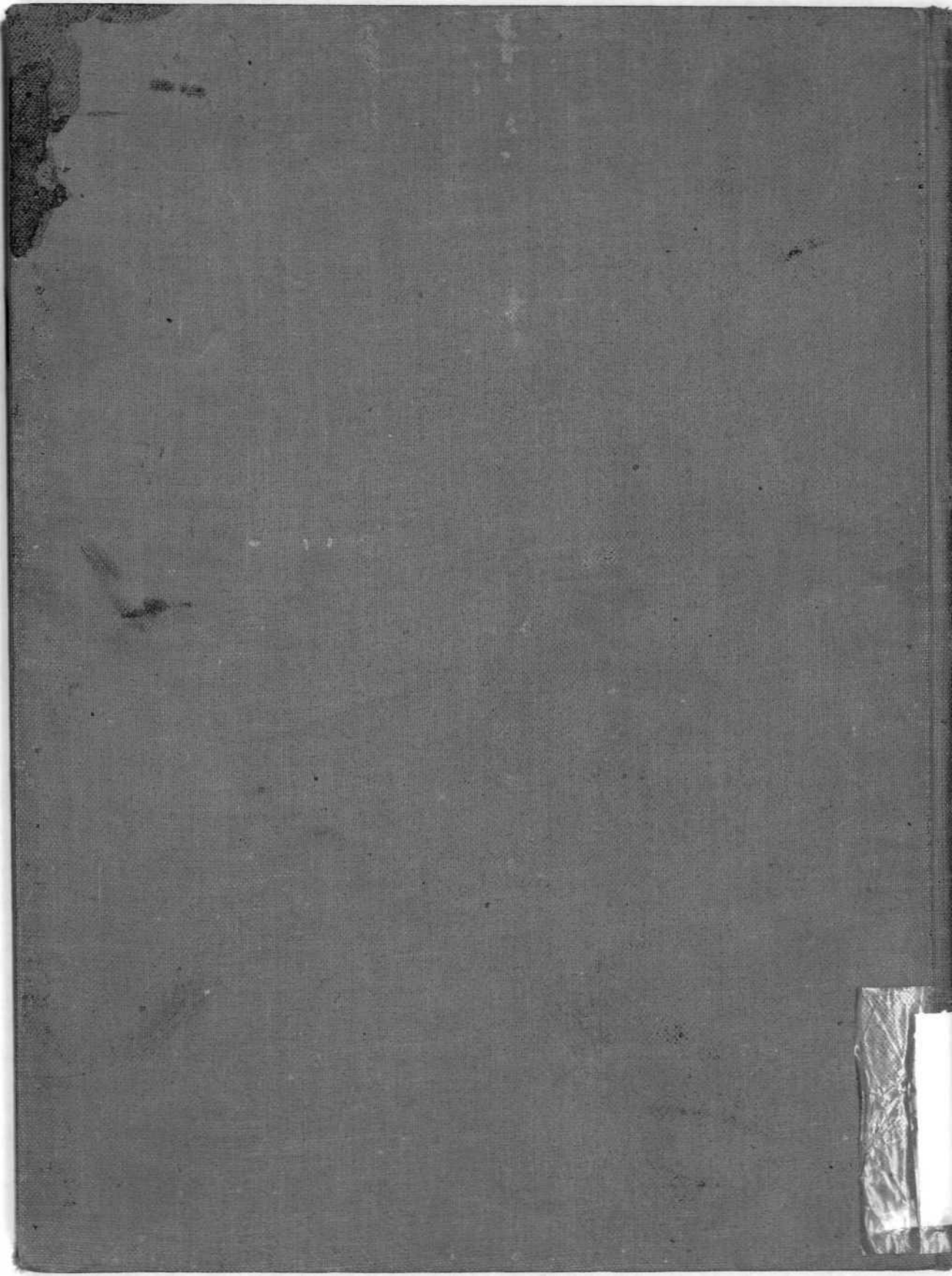
LLAMAN a esto *un bufón* aquí en Vidiago, porque bufa en verdad y estruendo mete que da pavura y amenaza estrago: a mí nombre poner no me compete a las obras de Dios: lo que aquí hago es venir a adorar a este boquete al Dios para quien es la mar un lago, y este extraño fenómeno un juguete.











505

505

505

505

505

505

505

505

505

505

505

505

505

505

505

505

505